

HISTORIA: Jim Elliot, Misión en la Selva

Capítulo 1:

El coche se negaba a moverse. Jim Elliot y sus amigos estaban atascados justo en el medio de un cruce y un tren de mercancías venía directo hacia ellos. Abriendo de pronto las puertas, salieron. Segundos más tarde el tren demolió el coche.

Esta no era la primera vez que Jim se había escapado de la muerte. Unos años antes, él y su amigo Dick estaban cazando pájaros. Gateando por debajo de una valla de alambres de púas, Dick disparó con su arma sin querer. ¡La bala pasó rozando el pelo de Jim!

A los pocos días del choque del tren, Jim escribió a sus padres, que se encontraban en la ciudad de Portland en los Estados Unidos.

—Dios me protegió del peligro. Debe haber algún trabajo en alguna parte que Él quiere que yo haga.

Ese trabajo era contribuir para que algunas tribus de indios oyeran hablar del amor de Dios. Y el lugar era en el medio de la selva amazónica de Ecuador. Allí vivía una pequeña tribu de indios llamados Aucas, que nunca habían tenido contacto amistoso con el mundo exterior.

Jim oyó hablar de los Aucas por primera vez cuando tenía 19 años. En el verano de 1946, se unió a cientos de estudiantes en un curso de idiomas.

Allí aprendían cómo escribir un idioma que nunca había sido escrito antes. Esto fue un buen entrenamiento para Jim porque quizás necesitaría traducir la Biblia a un idioma sin lengua escrita.

Más adelante, un misionero de Ecuador le habló a Jim de los Aucas.

—Hacen fuego frotando palos sobre el musgo, llevan a los bebés en bolsas de tela, y duermen en hamacas. Nadie aparte de ellos conoce su idioma.

Jim estaba fascinado.

—¿Han conocido al hombre blanco alguna vez?

—Sí —contestó el misionero— pero no le tienen confianza. Hace años llegaron a la selva unos hombres blancos con armas, buscando caucho. Quemaban casas, atacaban a las mujeres y les disparaban a los hombres. Los Aucas sólo tenían lanzas para defenderse. Durante cincuenta años los cazadores hicieron lo que quisieron.

Luego se descubrió el petróleo. Las compañías petroleras construyeron pistas de aterrizaje, casas y equipos de perforación. Los petroleros dejaron regalos para los Aucas, para mostrarles que iban en son de amistad.

—¿Funcionó? —preguntó Jim emocionado.

—No. Primero los Aucas observaron, luego atacaron. Varios hombres murieron, de manera que el lugar fue abandonado. Nadie más se atrevió a trabajar allí.

—Increíble —pensó Jim. —Esta gente no tiene ni idea de que Dios les quiere. ¿Será a ésta gente que Dios me quiere enviar?

Después del curso de idiomas, Jim pasó diez días orando a Dios acerca del Ecuador. Leía la Biblia y oraba —Señor, por favor, háblame a través de la Biblia. Ayúdame a entender lo que quieres que haga.

Unas palabras del libro del Éxodo parecieron saltar de la página: “He aquí yo envío mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado”.

Al poco tiempo, llegó una carta, con una nota y veinte dólares. “Esto es para Ecuador”, había escrito alguien. La nota era anónima.

Con el propósito de mejorar su condición física y prepararse para los rigores de la vida misionera, Jim dedicó buena parte de su tiempo al deporte y llegó a ser campeón de lucha libre olímpica.

Jim empezó a orar por un compañero que pudiera acompañarle a Ecuador. Y pronto recibió una respuesta. Pete Fleming de Washington era un viejo amigo de Jim. Igual que él, Pete disfrutaba de los viajes y las aventuras, y estaba emocionado acerca de trabajar en el extranjero. Pete decidió ir a Ecuador también.

El día de Año Nuevo de 1952, Jim abrió algunas cartas que habían llegado el día anterior. Cada una contenía dinero. Jim escribió en su diario: “¡Descubrí que sumaba 315 dólares, justo lo que costaba el billete para viajar a Ecuador! Era una magnífica manera de comenzar el año nuevo”.

Por fin, estaban en camino a Ecuador.

Capítulo 2

En febrero, Jim y su amigo Pete empezaron su viaje en barco hacia Ecuador. Jim había añorado navegar desde niño, y ahora, a la edad de 25 años, el sueño desde su niñez se había hecho realidad.

Se divirtieron mucho practicando su español con los otros pasajeros y con la tripulación. Y desde la cubierta vieron tortugas, peces voladores, ¡hasta una ballena! Pasaron por México, Costa Rica, Panamá y Colombia. Después de diecisiete días en el mar, se les acercó un pequeño yate para llevar los pasajeros a Ecuador.

En la capital Quito aprendieron más acerca de los misteriosos Aucas. Una joven mujer Auca llamada Dayuma se había escapado de su tribu al mundo exterior por temor a que la mataran. Casi toda su familia había sido asesinada con lanzas por su propia gente. Dayuma contaba historias de familias que peleaban y se mataban unas a otras. Exigían venganza por cada asesinato, así que más y más gente moría. Había tantas muertes que la tribu había empezado a disminuir.

—Así que los Aucas se matan entre sí —pensó Jim. —Si no llegamos pronto, no quedará ni uno.

Pero antes de que él pudiera acercarse a los Aucas, tendría que prepararse. Así que Jim y Pete decidieron ir a vivir con los Quichuas, un grupo de indios que vivía cerca de los Aucas.

Subieron a un autobús lleno a tope de gente que se dirigía a las selvas orientales, donde vivían los Quichuas. El autobús se meneaba y se ladeaba por las peligrosas carreteras a medida que avanzaba por las montañas y zonas de terremotos, hasta que llegaron al borde de la selva.

Un misionero inglés, el doctor Wilfred Tidmarsh, les recogió en una pequeña ciudad que una vez había alojado a algunos exploradores de petróleo, y les llevó a una pista de aterrizaje. Era más fácil y seguro viajar en la selva por avión. También ahorrraba muchas horas de camino por sendas llenas de barro y agua.

Dentro de poco estaban volando por encima de la jungla, en dirección a Shandia, donde trabajaba la familia Tidmarsh. Aún no había una pista de aterrizaje en Shandia, así que aterrizaron cerca e hicieron el resto del viaje a pie.

Con un esfuerzo caminaron sobre las rocas y las raíces resbalosas, y a veces tuvieron que cruzar por algunos sitios chapoteando por un espeso lodo que les llegaba hasta las rodillas. Unos enormes árboles delineaban la luz del sol tropical. Hongos de colores brillantes y delicadas orquídeas silvestres crecían por todas partes. El aire estaba lleno del sonido de grillos y de murciélagos, y por encima de sus cabezas volaban mariposas multicolores.

Cuando llegaron a la casa del doctor, hecha de bambú y de paja, ya era de noche. La casa estaba construida sobre palos, para que el aire fresco pudiera mantenerla fresca y protegerla de los miles de insectos que vivían en la tierra húmeda.

Ahora Jim y Pete vivían entre los Quichuas y tenían que aprender su idioma. También observaban el trabajo del doctor Tidmarsh, daban clases en la escuela, y pasaban horas macheteando la maleza para poder construir una pista de aterrizaje y sembrar legumbres.

Cuando el doctor Tidmarsh decidió volver a Inglaterra, Jim se emocionó al descubrir que su amigo Ed McCully estaba pensando en venir a trabajar a Shandia. Así fue que Jim se dispuso a construirle una casa.

Pasaron unos meses. Jim echaba de menos a su novia, Elisabeth Howard. Se había enamorado de ella en la universidad donde ambos habían estudiado. Hace un año Jim llegó a Ecuador y llevaba mucho tiempo sin ver a Elisabeth.

¡Me gustaría que Elisabeth estuviera aquí! —pensaba.

Decidió enviarla un mensaje: “Quiero que nos reunamos en Quito”.

Elisabeth sólo tardó dos días en llegar a Quito, primero en avión, luego a caballo, y finalmente en un camión.

Jim estaba esperando con un anillo de compromiso. ¡Elisabeth estaba emocionada!

—¿Cuándo podrías casarte conmigo? —le preguntó.

¡A las tres semanas se casaron!

Después de su luna de miel volvieron juntos a Shandia.

Jim, Elisabeth y Pete encontraron la construcción de la casa aún más atrasada porque la temporada de lluvia había llegado. Día tras día llovía a cántaros. Aunque a menudo llovía con fuerza durante esos meses del año, los Quichuas decían que esta era la peor temporada de lluvia en treinta años. Parte de la pista de aterrizaje fue arrastrada por las aguas. A medida que el río crecía, pedazos de la orilla del río caían en las turbulentas aguas.

Jim y Pete intentaron tumbar las casas para reconstruirlas más alejadas del río. Pero la lluvia caía cada vez más fuerte. El río se convirtió en un torrente, destruyendo todo a su paso.

Los dos hombres no podían hacer más que mirar cómo el agua barría las casas nuevas, la clínica, la escuela y las cocinas. ¡Un año entero de trabajo arrasado por el agua en unas cuantas horas!

Capítulo 3:

Después de un tiempo la lluvia paró, y Jim y Pete consiguieron recuperar la mayor parte de sus pertenencias en Shandia. Pero tuvieron que dormir en tiendas de campaña.

Un día, al borde de la selva, Jim y Elisabeth se encontraron con un piloto misionero llamado Nate Saint y su esposa. A Nate le encantaba hablar de los indios Aucas.

—He volado sobre la tierra auca muchas veces —le dijo Nate a Jim. No los he visto todavía, pero he conocido a algunos quichuas que han sido atacados por ellos.

—Quizás un día podríamos ir juntos para hablarles de Jesús —dijo Jim entusiasmado.

En Shandia, Jim y Elisabeth pasaron mucho tiempo contando a los Quichuas sobre el amor de Dios. Había mucho trabajo que hacer. Jim montaba muebles y sembraba. El clima era ideal para cultivar frutas, verduras y café. Comían maíz, papayas, piñas y aguacates cultivados en el huerto.

Jim también tenía que estar preparado para emergencias. A menudo le llamaban para atender a personas que habían sido mordidos por serpientes venenosas.

—¡No salgas de la casa sin tu cuchilla de afeitar! —se decía Jim a sí mismo.

Lo necesitaba para cortar la piel de la víctima, de manera que pudiera chupar el veneno.

Un día de septiembre de 1955, Jim oyó las noticias que había esperado por tanto tiempo. Ed y Nate habían localizado finalmente algunas casas Aucas mientras volaban.

A partir de ese momento Jim no pudo dejar de pensar en los Aucas. Estaba muy emocionado.

Jim, Ed, Nate y Pete se reunieron para decidir cómo ponerse en contacto con los aucas. Pusieron a su proyecto el nombre de "Operación Auca".

—Nuestro primer problema es cómo aprender la lengua de los aucas —dijo Pete.

—¿Te acuerdas cuando llegamos a Quito por primera vez? —dijo Jim. —Oímos hablar de esa mujer auca, Dayuma. Ella trabajaba en una finca española no muy lejos de aquí. Quizás pueda ayudarnos.

Todos estuvieron de acuerdo en que Jim debía visitar a Dayuma, así que éste emprendió un viaje de cuatro horas. Se enteró que ella casi había olvidado la lengua Auca por completo, menos unas palabras y frases básicas. Jim las apuntó con mucho cuidado.

Los hombres decidieron empezar a enviar regalos a los Aucas. Nate inventó una forma de dejar caer los regalos al suelo desde el avión. Bajaban desde el avión atado a una larga cuerda un cubo, en el que podían poner toda clase de cosas. Cuando tocaba el suelo, el cubo se volcaba y salían los regalos.

El primer regalo fue una pequeña olla de metal que contenía botones de colores brillantes, algo de sal y un cuchillo pequeño. Cayó cerca de una casa auca.

—El plan es dejar caer diferentes regalos cada semana, hasta que los Aucas se den cuenta de que somos sus amigos de verdad —explicó Nate.

A medida que pasaban las semanas, los Aucas comenzaron a buscar el avión. Permanecían de pie esperando que el cubo terminara de dar vueltas. En uno de los viajes Jim llevó un altavoz. Cuando se acercaron a las casas, Jim voceó algunas frases que le había enseñado Dayuma.

—¡Somos sus amigos! —gritó.

Uno de los aucas respondió con otra frase, mientras agitaba uno de sus regalos, un cuchillo, sobre la cabeza. Dejaron caer una olla para cocinar que contenía una camisa amarilla y unas bolitas de collar. Cuando llegó a su casa, Jim estaba tan emocionado que apenas pudo comer. En el siguiente viaje, dejaron caer un par de pantalones, una pequeña hacha, otro cuchillo y algunos peines de plástico.

Los Aucas comenzaron a atar sus propios regalos al final de la cuerda. Primero mandaron una cinta para el pelo hecha de plumas, luego peines hechos de caña. Una semana mandaron un loro rojo vivo en una pequeña cesta. Hasta incluyeron un plátano ¡para que el loro tuviera algo que comer en el viaje!

Justo antes de Navidad, los Aucas llenaron el cubo de pescado cocido, carne y verduras, cacahuetes, dos ardillas, ollas para cocinar y otro loro. Parecía como si realmente quisieran ser amigos. Los hombres decidieron que había llegado el momento de acampar cerca del pueblo de los Aucas.

Nate voló sobre la zona para ver si podía encontrar un lugar adecuado para aterrizar. Volvió deprisa para informar a los demás.

—Tengo noticias maravillosas. Encontré un lugar plano a la orilla del río. El nivel de agua ha bajado dejando mucha arena lisa y blanca. ¡Servirá perfectamente de pista de aterrizaje!

—¡Fantástico! —dijo Jim. Pero tendremos que irnos deprisa. Las lluvias llegarán en un mes, y el río se desbordará otra vez.

Acordaron aterrizar el 3 de enero de 1956, y le pusieron a su pista de aterrizaje el nombre, código de "Palm Beach". El plan era construir una casa de árboles en Palm Beach y esperar a la visita de los Aucas.

Por un par de días no vino nadie. Hacía mucho calor, el ambiente era pegajoso, y había enjambres de insectos que les picaban. Jim estaba de pie en el río con el agua fresca y cristalina a la altura de sus tobillos, su lista de palabras en las manos, voceando frases amistosas en auca. De pronto, una voz aguda de Auca salió de los arbustos. Un hombre, una mujer de unos treinta años y una joven de dieciséis años aparecieron.

Jim se movía de un lado a otro para atraerlos hacia él. Sonriendo y usando todas las palabras aucas que sabía, los misioneros trataban de mostrar a los aucas que no había nada que temer.

Capítulo 4

Jim, Nate, Ed y Pete habían aterrizado a la orilla del río. De los arbustos aparecieron un hombre joven, una mujer y una chica por el otro lado.

Al hombre le llamaron "Jorge". Parecía que quería dar una vuelta en avión, así que Nate le dio una vuelta en el avión por encima de su pueblo. Jorge parecía fascinado. Saludaba y gritaba a su gente abajo. ¡Los otros miraban asombrados!

Al volver de Palm Beach, Jorge saltó del avión, aplaudiendo. Mirando hacia arriba para mostrarles a los Aucas que estaba hablando con su Padre celestial, los misioneros oraron a Dios en voz alta, dándole gracias por todo lo que había sucedido hasta ese momento.

Pasaron unas horas enseñando a los tres Aucas cosas como pelotas, cintas elásticas y un yo-yo. Les dieron limonada y hamburguesas con mostaza, y tomaron muchas fotos.

La joven, a quien llamaron Dalila, parecía impaciente. Pero los hombres no pudieron entender lo que decía. Aunque ellos no lo sabían, ella era la hermana de Dayuma, y pensaba que Dayuma les había enviado.

—¿Dónde está Dayuma? —preguntaba constantemente —¿dónde está mi hermana mayor?

Cuando se hizo de noche, Jorge y Dalila regresaron a la selva. La mujer mayor se quedó en la playa. A primera hora de la mañana del día siguiente, Jim fue a encender el fuego y se dio cuenta de que se había ido.

Esperaron todo el día, pero no vino nadie. Nate y Pete volaron sobre el pueblo. En el tercer viaje apareció Jorge, sonriendo.

—Quizá todo está bien, después de todo —decía Pete con esperanza.

En realidad, en el pueblo los Aucas intentaban decidir qué hacer. Algunos estaban enojados porque no sabían más sobre Dayuma.

—¿Quizás los hombres blancos la mataron, —pensaban. —Estos forasteros no deben tener buenas intenciones.

Olvidaron por completo los regalos.

Los misioneros habían quedado en enviar mensajes por radio a las 4:30 de esa tarde. La esposa de Nate, Marge, esperó. Nada. No se oía nada. ¿Se les había dañado el transmisor? ¿Se les habría olvidado la hora? Las esposas esperaron, sin poder dormir.

La esposa de Jim, Elisabeth, daba vueltas en la cama. —¿Qué pudo haber pasado? —se preguntaba. —¿Por qué no hemos sabido nada de ellos? Algo debe haber salido mal.

Temprano por la mañana siguiente, Marj le pidió a otro piloto, Johnny, que volara sobre Palm Beach. Johnny avisó por radio —No hay señales de ellos. El avión ha sido roto en pedazos.

A las pocas horas las noticias se transmitían por todo el mundo: "HOMBRES DESAPARECIDOS EN TERRITORIO AUCA". Johnny voló otra vez, y esta vez vio un cuerpo flotando en el río. Se organizó un equipo de rescate inmediato.

Primero vieron el cadáver de Ed en la playa. Luego la tripulación de un helicóptero localizó los otros cadáveres de Jim, Nate, y Pete en el agua. Los Aucas deben haberlos matados.

—Tendremos que actuar rápido —ordenó el líder del equipo de rescate —en caso de que haya otro ataque sorpresa.

Algunos hombres hicieron guardia, con armas listas para disparar. El resto comenzó a cavar. Sólo hubo tiempo para cubrir la tumba y celebrar un pequeño funeral antes de que una fuerte tormenta de lluvia les obligara a irse rápidamente.

Unos días más tarde, las esposas volaron hasta el lugar donde estaban enterrados sus maridos. Cuando el avión se alejaba, una de ellas dijo —Ese es el cementerio más pequeño y hermoso del mundo.

Aunque sus maridos habían muerto, todas las esposas sentían el amor de Dios muy cerca de ellas, y quisieron que el proyecto continuara. La esposa de Jim, Elisabeth, se quedó en Shandia, dando clases en la escuela, ayudando en la clínica y haciendo traducciones.

Un año después de la muerte de los misioneros, dos mujeres aucas salieron de la selva para averiguar si Dayuma todavía estaba viva. Dayuma se reunió con ellas y aceptó volver con ellas al pueblo.

Elisabeth perdonó completamente a los hombres que habían matado a su marido y amigos y se fue a vivir con la gente de Dayuma durante dos años.

Uno por uno, los Aucas oyeron hablar del amor de Dios por ellos, justo como Jim había orado y esperado. Hoy día muchos Aucas son cristianos, incluyendo tres de los hombres que mataron a los misioneros. Ahora, Dayuma es líder de su iglesia de su pueblo, y los Aucas viven en paz entre ellos y con el mundo exterior.

Jim tenía 29 años cuando murió. De estudiante, una vez oró: "No busco una larga vida, sino una vida plena, como la tuya, Jesucristo".

Dios escuchó esa oración, y muchas otras también. La vida de Jim Elliot fue corta, sin embargo, sabemos que a través de su muerte y la de sus amigos, muchos Aucas conocieron a Cristo. Y ahora son los Aucas que hablan a los demás de Jesús.